

para el sacrificio, el temple que en el alma se requiere para ahogar los estímulos e incentivos del placer inmediato en aras de un interés superior, lejano o remoto. Derrama y esparce conocimientos, hechos, fórmulas, generalidades frías y áridas, mas no sabe, ni sabrá nunca, alentar e infundir aquellos grandes sentimientos de templanza, abnegación y fuerza, que son indispensables para entrar en las puras regiones del desinterés, de la verdad y del amor a la Patria. Locke, el pensador inglés, lo último que recomendaba era la instrucción: «Lo que un caballero, decía, que se preocupa de la educación de su hijo, debe desearle, aparte de la fortuna que le pueda dejar, se reduce, creo, a estas cuatro cosas: virtud, prudencia, buenas maneras, instrucción». Aun hay más. El ideal de toda educación debe consistir, como le define John Ruskin: «No solo en hacer que el hombre proceda honradamente y que sus actos todos sean correctos, sino en que sólo con la rectitud se complazca, no en ser tan sólo activo y laborioso, sino en que trabajando sienta placer; no sólo en ser ilustrado, sino en que ame la ilustración y el saber; no sólo en ser puro, sino en que adore la pureza, no sólo en ser justo, sino en que siempre sienta hambre y sed de justicia».

Nosotros somos de los que creemos que con la sola instrucción no se remedia nada ni se resuelve nada—y menos en España,—porque la instrucción propiamente dicha—Marión lo reconoce—no basta para curar ningún mal social, pues por sí misma, no tiene acción directa sobre el corazón y la conciencia a los que sólo se llega y acciona e influye por medio de la educación. Dice Carlyle, en poética frase, llena de exactitud y de belleza: «¿se quiere plantar para la eternidad?; hay que plantar pues en las profundas facultades infinitas del hombre, en su imaginación y en su corazón. Se quiere plantar para un día?; plántese entonces en sus facultades superficiales, en su egoísmo y en su cálculo».

Sí, lo único seguro, lo único durable, lo único permanente que puede ser elevado a la categoría de universal es la noción simple y escueta del deber; pero practicado en tal forma, que todo acto que en él se inspire deje casi de ser un acto individual y ofrezca tales garantías de pureza en la intención y rectitud de los móviles, que por sí sólo se le pueda invocar como ejemplo, como la ley y modelo de todos los actos semejantes de los demás hombres: «obra siempre—dice Kant—pensando en que, lo que haces, pueda ser señalado como ley y regla para todos los demás; deja, para alcanzar esta perfección suma, que libremente accione tu idea del deber; déjale que te

